

Homenaje al profesor

Don Antonio Porchietti

El día 5 del mes corriente se realizó en el anfiteatro de la Facultad, el homenaje que a la memoria del Prof. D. Antonio Porchietti dedicaron sus colegas y los alumnos de esta casa.

El Presidente del Centro Sr. Jorge M. Piacentini dió comienzo al acto con la lectura de la siguiente oración:

Señor Decano,
Señores catedráticos,
Señores:

Es éste el retoño de una amargura que echó por siempre sus raíces en nuestras almas: es éste un momento de dolor que se renueva y que hemos buscado por el imperativo de nuestra gratitud y de nuestra justicia.

Los cuerpos que vienen y se van no pueden ciertas veces arrastrar a sus almas a la nada porque han quedado demasiado altas y las dejan aquí, y sabemos que viven con nosotros, porque si las llamamos sentimos en el acto su presencia. Es la de hoy, una cita de ofrenda y el ofrendado está en la mente de todos los que aquí vinimos a llamarlo.

Si fué Antonio Porchietti un hombre hoy ya no es; si fué un alto espíritu admirado y querido por nosotros hoy sigue siéndolo, y si su gloria no ha sido de las que vuelan en brazos de la fama, fué porque así lo quiso su austeridad sedienta de silencio. La modestia había tejido el ropaje de ermitaño que no pudo rasgar la vanidad humana. ¡Bienaventurados los espíritus que se hicieron querer cuando se hicieron admirar, porque de ellos será siempre el reino de nuestros afectos!.

Porque allí estuvo y allí está, le lloramos cuando partió hacia el Ignorado, y dejamos entornada nuestra

puerta interior a la tristeza... No a la tristeza trágica que se precipita en los campos del alma al frente de una hueste de torturas que no deja en pie, ni la más alta y fuerte, ni la más imperceptible de nuestras esperanzas; no a la tristeza trágica que crispa los puños y marca en nuestros rostros el hondo surco de una mueca de desesperación y de impotencia, no a la tristeza trágica que reduce a un espíritu y a un cuerpo a gimiente ruina de cosas laceradas...

Dejamos entornada nuestra puerta interior a la tristeza y ella, como un hilo de agua que va buscando lento su remanso, se acercó con un suave murmullo de lágrimas y entró serena y mansamente a empapar la región de nuestros corazones... Esa misma tristeza, que está ahora tejiendo la invisible tela de una melancolía, con hebras que van uniendo la amargura de un alma con la otra y confundiendo en uno el callado lamento que se escapa y obliga a recogerlos dentro nosotros mismos...

Desde el día aquel de la partida, de que ahora volvemos a dolernos, en el sideral infinito, ha nacido y ha muerto la Luna cinco veces...

En el sideral infinito nacerá y morirá la Luna muchas veces aún... La pena que nos legó el destino será entonces la misma de hoy, y la de hoy... es la misma de ayer. La misma pena... Pena de aquellas que no buscan para ahogarse, arenas del olvido; pena de aquellas que se llevan y sufren por deber, como un tributo de conciencia. Pena que se *lleva* misteriosamente tranquila cuando la marcha de nuestra caravana la adormece con su vaivén, pena que se *sufre* cuando la caravana se detiene al mandato de las graves voces de bronce que dicen su plegaria desgarrando los metálicos pechos, por aquellos que han ido al mas allá...!

La campana ha sonado por un hombre que se llamaba Antonio Porchiatti y nos hemos detenido para sufrir la pena que llevamos; la caravana va a continuar su marcha hasta que llegue a ella nuevamente la plegaria del bronce...

Señores: sea esto un algo de la ofrenda. Y no quise ensalzar los valores morales e intelectuales del hombre, sólo quiero que sean estas páginas, a su recuerdo, como una lágrima que cae....

A las precedentes palabras contestó el Sr. Decano Dr. Rodolfo Rivarola leyendo las páginas que siguen:

Mis jóvenes amigos:

Honrando la memoria de un profesor bondadosísimo, honran Vds. la casa de su enseñanza.

El Consejo Directivo de la Facultad lo ha reconocido así. En su última sesión ha dispuesto adherirse al homenaje que el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras tributa al extinto profesor de lengua latina y primer director que ha tenido la biblioteca de la Facultad.

En estas aulas y en esta biblioteca pasó el Prof. Porchietti los últimos doce años de su vida. Su obligación le imponía la presencia diaria en la casa, desde las primeras horas de la tarde hasta entrada la noche. Su consagración a los libros, al estudio, y a la enseñanza, le habían como espiritualizado, y la concurrencia, en mayor parte femenina y joven, a la cual debió prestar siempre benévola atención, dió a su alma originariamente pura, transparencia angelical. Demasiado casto para formarse una familia según la naturaleza y la sociedad, se formó dos afectos paternos en el corazón y en la mente: la familia de su hermana y la Facultad.

Compartía estos cariños la Escuela Normal, en que también enseñaba. Sabía mucho, de muchas cosas, como hombre que leía mucho y entendía bien y claramente lo que leía. El decano que había, solía llamarle en lugar de abrir una enciclopedia, y con menor tarea que recorrer esta última, le decía: «Sr. Porchietti, Vd. que sabe de todo, ilústreme sobre este punto, o sáqueme de esta duda». Tal consulta le hería siempre de improviso en lo íntimo de su modestia; en el rostro le relampagueaba la risa, con gestos en zig-zag, y no se decidía a la respuesta sino

cuando estaba seguro de que en la pregunta no iba asomo ninguno de broma. Así sirvió también a los alumnos que no en vano se acercaron a él para consultarle sobre cualquiera materia por distante que se hallara del latín. Era ésto lo que podía sacarse de su erudición a través de su modestia exagerada. Mientras somos tantos los que nos apresuramos a hablar y a escribir antes que nadie se manifieste dispuesto a escucharnos o leernos, era menester obligar a Porchietti a que dijera algo de lo que sabía, como si el grueso y espesísimo bigote que le cubría la boca, fuera externa manifestación de su voluntad de callar y ser discreto. Así fué, que bajo cierta presión, aparte de la gramática y de un curso de literatura latina dió otros de conferencias sobre antigüedades romanas. Entre manuscritos suyos que nadie conocía, se ha encontrado una antología americana comentada, en la cual trabajaba sin duda en horas que podía dar al reposo después de su labor de jornalero. Amigo de los libros, le habían estos invadido, inundado la casa como sucede a quienes les acuerdan alguna confianza y familiaridad. Le habían llenado cuanto mueble y cuanto rincón tenía, encima y debajo de las mesas, en los cuartos de recibir, de dormir o de comer y debía suceder así, que concluyeran por echarle de su domicilio, que no poco influyeron sus libros y la pertinacia de su labor mental en debilitarle el corazón, de suerte que una temperatura excesiva de Enero, le derribó como fulminado.

Dejo a los jóvenes que le conocieron y que dan testimonio de haberle amado, el cuidado de reunir melancólicos recuerdos y pensar con cariño en el bondadoso maestro y amigo desaparecido. Correspóndeme decir como si pusiera marco al retrato moral del maestro Porchietti, algo que va pasando a la historia; que ata cada día un nudo en la tela de la vida, mientras la atención del presente aleja la del pasado,— es decir, de los orígenes de nuestro instituto, ya remotos. Desde muchos años en sus Memorias anuales, el rector Basavilbaso, reclamaba la fundación de una Facultad de Filosofía y Letras.

El pensamiento quedaba escondido en las páginas siempre intactas de los impresos oficiales. De pronto la idea cobró calor. Por un lado el ministro de instrucción pública, Dr. Bermejo; por otro los senadores Dres. Lorenzo Anadón y Francisco L. García, iniciaron respectivamente en las dos Cámaras del Congreso y, en ocasión del presupuesto, la creación de la Facultad. Y surgió así, de una partida de la ley general de gastos.

No tardó en mostrarse el espanto público por la filosofía y por las letras. No vale ya recordar las cosas que se dijeron contra el supuesto almacigo de poetas y filósofos, que pondrían en peligro la prosperidad general del país y la virilidad de su pueblo.

Las personalidades del primer Consejo o Academia fueron positivo sostén de la pobre Cenicienta, como la llamó uno de sus ilustres decanos.

Sólo para nombrar a los que ya no existen, pasan ante mi recuerdo los nombres de Manuel Quintana, Carlos Pellegrini, Bernardo de Irigoyen, Manuel F. Mantilla, Valentín Balbín, y los académicos honorarios que le acordaron el prestigio de sus nombres, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel Lopez.

Fuimos los primeros profesores, José Tarnassi, de literatura latina, Juan J. García Velloso, de literatura española, Vicente García Videla, de lengua latina; los tres fallecidos ya. Enrique García Mérou, de historia, que no tardó en abandonar la cátedra, para la cual tenía tanta vocación; Clemente Frogeiro, de geografía; dueño ahora de su retiro bien ganado, y el que habla para la cátedra única de filosofía, que le cupo el honor de inaugurar el 6 de Agosto de 1896.

Nadie disputaría a José Tarnassi la primicia en el entusiasmo por las letras latinas, con el cual sabía infundir a sus alumnos la curiosidad paciente y sana, que es, como él lo dijo en la prolucción de su cátedra, madre de la sabiduría.

Recorro todavía aquel discurso en que exponía su concepción y método en la materia, con el calor del senti-

miento artístico que ardía en su alma, y con aquella pasión por los clásicos latinos, que nos hacía pensar a los profanos, si acaso en su alucinación no daba un ósculo en la mejilla de Horacio o un abrazo a Cicerón, con aquella confianza en la belleza, el bien, que le hacía repetir con su poeta amado: «no hay alma tan dura que no se hable y refine prestando paciente oído a la cultura y al estudio». Prométeme recordar en otra ocasión con mayor detenimiento, los primeros años de la Facultad. Son oscuros aún para muchos entre los primeros que llegaron a aumentar sus filas, a medida que crecieron la labor y el empeño. He dicho ahora de José Tarnassi, porque entre las ocupaciones y preocupaciones de su vida, que fueron grandes, no fué la menor el éxito de la Facultad de Filosofía y Letras, por el cual puso tanto ardor de su alma apasionada y joven, que en poco tiempo dió a la publicidad diversos trabajos, coronados por obra de tanta investigación y tanto mérito, como «Los Poetas del siglo VI de Roma». Y le recuerdo porque en su afán por allegar a la institución naciente y sospechada, a quienes le trajeran virtud y saber, descubrió al profesor Porchietti, venció su modestia de todos nosotros conocida; alegó sus méritos ante la Academia, con la vivacidad de su elocuencia y la insinuación de su amabilidad, y así le trajo, y aquí le dejó como reemplazante en su ausencia que creyó transitoria y que fué, triste y dolorosamente, definitiva.

Y puesto que he nombrado a los que ya fueron, permitidme, al recibir este bronce y en homenaje de quien se ha ido, recordar todavía las palabras del decano Miguel Cané, en un discurso de colación de grados.

Dirigiéndose a las madres, decía: «si en vuestros hijos observáis alguno de grandes ojos vagos y llenos de infinitas interrogaciones; si veis que para él corren muertas las horas cuando inclina sobre un libro su cabeza juvenil; si notáis en él anhelo impetuoso de saber que revela las altas inteligencias, no le detengáis, que este es su centro, esta es su casa, este es su norte.»

Vosotros diréis si ha llegado el alumno anunciado por

Cané, y si es él, el joven Presidente del Centro de Estudiantes, que trae la simpática ofrenda cariñosa; aunque al decirlo para estímulo suyo y de sus condiscípulos y condiscípulas, hiera su modestia.

Terminamos así este acto, sintiéndonos todos solidarios en el destino de esta Facultad que amamos, unidos los que vivimos para honrar a los que también la amaron y murieron. La obra ¡tantas veces ignorada! que se trabaja en el silencio de estas aulas, es de mayor beneficio para la sociedad. No en vano se cultiva la unidad humana a través de los siglos, y en la superficie de la tierra por las letras que expresan los más íntimos dolores y las esperanzas más brillantes del alma; por la historia que registra la acción; por la sociología, que escudriña las leyes que rigen esta última, por la filosofía que sintetiza las extremas conquistas de la ciencia y señala horizontes más amplios al saber; por la moral que engendra la preocupación moral, y con ella asienta la sociedad sobre las bases necesarias de la convivencia en la paz y en el bienestar general.

El homenaje tributado al difunto profesor ha sido concretado en una placa de bronce que será colocada en la biblioteca y que lleva la siguiente inscripción:

MEMORIAE
ANTONII PORCHIETTI
QUI XV ANNOS HIC
DOCUIT LATINE
BIBLIOTHECAE PRAEFUIT
COLLEGAE ET DISCIPULI
STIPE COLLATA

a. p. C. n.

M C M X V